

Concurso "El Comercio Exterior en la Mochila" 2010

Nahuel Gutiérrez Bagni, alumno Fundación Standard Bank

En Julio de 2008, cuando me recibí de Licenciado en Economía en la Universidad Nacional de Córdoba, por mi cabeza comenzaron a sobrevolar muchas ideas diferentes: ¿Y ahora? ¿Que hacer? ¿Dónde ir? ¿Por donde empezar?

Me encontré de repente en una situación de inesperado desconcierto; comencé a entender que toda decisión que tomara a partir de allí, indefectiblemente, repercutiría sobre mi futuro.

De lo único que estaba seguro en ese momento, a mis 23 años, era que debía intentar hacer lo que siempre había querido: tener una experiencia fuera del país. No solo en lo profesional (master, postgrado, trabajo) sino también, en la medida de lo posible, en lo personal, en lo cultural.

No fue fácil. Por suerte siempre fui una persona que escuchó a sus padres y que contó, a su vez, con la ayuda y su apoyo. Así, convencido de lo que deseaba, escuchando a quienes me aconsejaron desde el corazón y, obviamente, teniendo algo de suerte, en Octubre de 2008 logré obtener una beca para estudiar en Italia.

¿Qué buscaba intelectualmente?: estudiar, ver, entender y vivir algo diferente de lo que por años había escuchado, estudiado y debatido en mi Universidad y en mi entorno. En fin, escuchar otras ideologías dentro de una misma ciencia social como lo es la Economía, tomar experiencias de otras modalidades de percibir a la producción, la distribución de ingresos, etc., como buen economista que soy, así como de otras formas de ver la vida, algo que siempre me interesó.

El master al que accedí se denomina *Internacionalización del Desarrollo Local*; en pocas palabras, cómo las Pymes y proyectos de similar magnitud, aprovechando oportunidades locales y del propio territorio, puedan ser competitivos en el actual mundo globalizado. Contaba con etapas de investigación de campo (post-cursado) tanto en

Argentina como en Italia, lo que me permitiría una experiencia profesional no solo teórica sino también práctica

Su estructura consistió en el cursado de 2 etapas: la primera en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en la sede de la Universidad de Bologna, y la segunda en la ciudad de Bologna, Italia, en la mismísima Universidad más antigua del mundo occidental (fundada en el año 1.088). Terminando a mitad de diciembre de 2009 con dichas etapas, la mochila estaría lista en ese preciso momento para empezar a recorrer kilómetros de experiencias.

Entre las cosas que destaco del tiempo vivido en Bologna puedo citar la *ideología* que se fomenta en la universidad, y entre productores y empresarios, tan distinta a la que (por lo menos en mi caso y en mi universidad) me toco experimentar a lo largo de mi carrera.

No solo se habla de maximizar beneficios, ventas, o formar grandes empresas, sino que se estimula la cooperación entre “simples vecinos o conocidos”; de competir tirando para el mismo lado. Fomentan la cultura del *emprendedor*, definido por un profesor de la Universidad de Roma como “*un anárquico individualista*”.

Allí los productores y/o empresarios pymes no desean contratos con grandes empresas que les garanticen años de ventas porque no quieren “quedar atados”; prefieren tener autonomía y de esa manera tomar sus propias decisiones, es decir, ser dueños de sus destinos. Se relacionan entre ellos, aún hoy, por medio de “contratos de palabra”, lo que por años ha representado la base para la formación de Distritos Industriales en ese país. Ésta es la realidad que vive y promueve esta gente, que el domingo se queda pensando y programando “qué y cómo hacer” para diagramar la semana, y que invierte todos sus pocos recursos para poder crecer.

Hasta en la comida esto se puede observar, en vez de un fast-food, hicieron un slow-food, que es un restaurante donde en lugar de una hamburguesa con queso, papas fritas y demás comida precocida, uno se sienta y puede comer comidas típicas de diferentes lugares del país, elaboradas en ese mismo momento y en ese mismo lugar, por ejemplo: cada local tiene diez platos diferentes que son a su vez de diez diferentes regiones de Italia. Es muy probable que uno termine tomándose un café o un aperitivo con el dueño del restaurante...

Disfruté mucho Italia, a mediados de diciembre terminé con mis obligaciones del master y dejé la residencia estudiantil en Bologna. Cargué mi mochila y empecé a hacer realidad uno de los sueños de mi vida....experimentar el "Mundo"...

Después de dos meses de viaje por Europa visité, además de Italia y la República de San Marino, España, Francia, Irlanda, Escocia, Inglaterra, Holanda, Alemania, Grecia, Austria, Bélgica, Suiza, República Checa, Hungría, Eslovaquia, Croacia, Polonia y Eslovenia.

En los países de la *Europa Occidental* pude corroborar que el pensamiento y las formas de encarar proyectos, la vida empresaria y demás, se asemejaban mucho a la que me tocó vivir en Italia, con distintos matices pero, en el fondo, con las mismas ideas.

En cambio, en la *Europa Oriental* experimenté otra realidad. En los países que se están incorporando a economías de mercado, provenientes de años de comunismo y otros tipos de regímenes, la gente es mucho más "tosca" en el trato y se observa un poco más de tristeza que de costumbre, tanto en la sociedad como en sus formas de vivir. A la vez, se puede palpar que ese proceso de transición transcurre de forma más desordenada, con mayor individualismo, y el mismo encuentra a empresarios y a productores con diferentes ideas y pensamientos sobre *cómo* alcanzar su propio desarrollo.

Europa es asombrosa, la historia que uno vive y respira también, sin embargo uno más o menos tiene una idea de lo que va a ver o a encontrarse. Es por esto (y porque solamente puedo desarrollar mis experiencias en diez carillas) que decidí concentrar la mayor parte de mi ensayo en mi último mes de viaje: Turquía, parte de Medio Oriente y Egipto.

Pude estar un tiempo en Estambul, Turquía. Realmente es una ciudad única, mezcla de culturas y civilizaciones. Además de ser un lugar hermoso, su gente me hizo sentir realmente muy bien, y en especial los vendedores. Ya sean los que se encuentran en el Gran Bazar (una tienda de más de 58 calles y 4.000 tiendas) o fuera del mismo y por toda la ciudad, estas personas son, sin duda, de los mejores vendedores del mundo. Con solo caminar por los pasillos del bazar o por cualquier calle, cuando ellos reconocen que uno habla español, de inmediato escucha miles de frases en su idioma, y con ademanes

agradables balbucean el nombre de cuatro o cinco países de habla hispana hasta encontrar el correspondiente y, una vez que lo descubren, disparan datos geográficos, políticos y hasta increíbles de nuestro país, como por ejemplo saber sobre La Salada en Bs. As...

Los productos no tienen precio, ninguno, desde una pulsera de fantasía hasta un jarrón de porcelana. Todo consiste en un ida y vuelta entre comprador y vendedor hasta cerrar el trato. Se desarrolla de la forma más cortés posible y jamás encontrarán a un vendedor enojado por lo que uno oferta. Tampoco se ofenderán si después de varios minutos de haber disfrutado de dos o tres tazas de té que ellos mismos ofrecen, y de haber logrado que el precio sea un quinto del inicial, uno no les compra; por el contrario, saludarán de forma educada y uno se sentirá realmente mal por no comprar. Esa modalidad de ser tratado no la experimenté en ningún otro lugar.

Medio Oriente es realmente "otro mundo". La experiencia más fuerte, única e irrepetible de todo mi viaje, será sin duda a partir del momento en el que entré a Siria. Llegar no fue fácil: 20 horas de ómnibus desde Estambul. Ningún trabajador del transporte terrestre habla inglés. Simplemente tuve que confiar en un hombre que me vendió un billete a Halep y no a Aleppo (misma ciudad pero traducida al idioma turco supuse). Venía siendo un viaje placentero hasta que, en la frontera, el ómnibus se detuvo en el medio de la ruta y las personas comenzaron a sacar sus bolsos. Al bajar encuentro que una persona se está llevando el mío, el acompañante del chofer me pide el pasaporte y sale corriendo, y un tercero me ofrece cambiar dinero sirio para poder tomar un taxi cuando llegara....Nadie me había avisado pero así funciona. Para no perder tiempo, una persona se encarga de llevarse el bolso a otro ómnibus para seguir el recorrido, la persona del pasaporte verifica que uno tenga visa, y el señor que cambia dinero obviamente hace su ganancia, pero en fin....deben haber sido los 15 minutos mas largos de mi vida...

Transcurridas 24 hs de mi llegada y, también durante buena parte de mi estadía, debo admitir la profunda vergüenza que sentí al haber llegado a esta parte del mundo, a esa cultura, con tantos prejuicios errados y equivocados.

No es fácil. Tuve que acostumbrarme a que me observaran como si fuera sospechoso, no me miraban como un turista, sino mas bien como alguien de otro planeta. Ello provocó que inmediatamente me surgieran estos preconceptos; pero es hasta comenzar a relacionarse para darse cuenta de la calidez y la atención de esta gente. En Bosra, una ciudad al sur de Siria, descubrí que cambiar dinero se basa mas en la confianza (dada por sentada) que se debe tener con quien atiende una “improvisada” sede de un Banco, que con el aspecto de un lugar parecido a un viejo puesto abandonado con las palabras “BANK” y “EXCHANGE RATE” escritas sobre él. Viven tranquilos con sus costumbres. Conocen nuestro estilo de vida, pero prefieren el suyo. Son amables; lo invitan a sus mezquitas a rezar, o a consumir comidas típicas solo cinco minutos después de haber cruzado (si uno tiene éxito) tres o cuatro palabras, en un idioma que intenta con todas sus fuerzas ser algo parecido al inglés. Luego de relacionarme con sus habitantes, todo el mundo quería sacarse una foto conmigo; es verdaderamente agradable.

Caminando por una calle en Aleppo, saliendo de una “cittadela” preciosa, una persona vestida con uniforme militar o policial me grita “hallow” (hello), al que yo contesto enseguida. La felicidad en la cara de esa persona es instantánea y, ahí nomás, escucho la frase “welcome to Syria”. Esta persona se me acerca y con un básico ingles trata de comunicarse conmigo. No puede creer que alguien de Argentina se encuentre en su ciudad y, enseguida, me nombra todos los jugadores argentinos de fútbol para demostrarme que sabía de mi país. Viene un segundo oficial, que me da unas semillas para mascar, ésta persona no habla nada de inglés pero intenta ser agradable. Llevábamos unos quince minutos hablando hasta que me invitan a tomar algo al edificio donde estaban haciendo guardia. A pesar de los preconceptos y demás, accedo. Para mi sorpresa ese “algo” que me invitan a tomar no es otra cosa que....mate. Si, con yerba argentina y todo; los sirios toman mate, a diferencia nuestra, cada uno con en una taza personal, pero toman mate todas las mañanas y todas las tardes, con nuestra yerba y como en nuestra costumbre.

Puedo decir que fue una de las experiencias más gratificantes que he tenido en el viaje ya que, gracias a nuestra “mateada”, pudimos pasar varias horas charlando,

conociendo un poco de la cultura de cada uno. Eran dos oficiales que tenían 25 años cada uno (aunque aparentaran mas de 40), uno trabajaba de guardia para costearse sus estudios de economía (estudiaba en ingles), el otro para mantener a sus 4 hijos. Aprendí sobre la calidez y la generosidad de ésta gente para con alguien que recién conocían, quién ni siquiera cree en su religión tan adorada por ellos. Intercambiamos algunas cosas, yo mucho no tenía, me mostraron fotos de sus familiares y yo de los míos, me regalaron semillas de todo tipo, y yo una vieja entrada a un partido de fútbol que tenía en la billetera. Me enseñaron a escribir sus números, tan distintos a los nuestros aunque sostenían que, en realidad, los números nuestros son los árabes y los que usan ellos hoy son hindúes. Por suerte me acordé que tenía algo un poco más importante y de valor (una bombilla de alpaca y oro que me había regalado mi madre antes de partir), me despedí regalándoselas; al día de hoy no existe oportunidad en que no me agradezcan y me muestren como la usan cuando los encuentro vía Internet....

Perdí mucha ignorancia en muy poco tiempo. No hay solo talibanes, Bin Laden o algo parecido. No tienen problemas con los norteamericanos o con la gente de occidente. Aprendí mucho de su religión, tan mal difundida y desvirtuada en éste lado de la tierra. Es un mundo distinto, hay que admitirlo, pero donde su gente vive bien, como nosotros, ve fútbol, va a la iglesia, cuida su familia, pero de manera mucho más simple...

Mi paso por el Líbano fue tan corto como "shockeante", Beirut precisamente. En todo lugar, a toda hora y en cualquier momento, un soldado de los miles que se encuentran por la calle pueden pararlo a uno, hacerle miles de preguntas y demorarlo. Es impresionante ver debajo de las autopistas, cerca de las escuelas, o en el medio de una rotonda en plena calle, tanques o trincheras armadas con soldados listos para la guerra. Todo eso con una mezcla de ciudad europea, lujo y construcciones modernas en el centro de la ciudad. Es una capital muy bonita, muy acertadamente llamada "la París de Oriente"; creí por momentos (y dentro de esos pocos kilómetros de puro centro) que ya no estaba en un país árabe. Una cosa asombrosa y para rescatar es que, a metros de la plaza principal, la "plaza de los mártires",

pude observar una mezquita preciosa, la cual esta pegada a una iglesia católica, y las mismas tienen justo a sus espaldas una iglesia ortodoxa griega...

Me habían dicho que viajar desde Beirut a Jordania, a Amman precisamente, iba a ser complicado, pero yo siempre necesito vivirlo para sacar mis propias conclusiones. Descartado el transporte aéreo porque mi "capital" comenzaba a escasear después de tanto viaje, las opciones se reducían solo a transportes terrestres. Al tener que pasar por Siria, un ómnibus tarda unas 20 horas (porque revisan los pasaportes de todos). Pero existe otro sistema: viajar en taxis compartidos. Simplemente autos que esperan a tres, cuatro o las personas que entren, y una vez que se llenan (y después de arreglar un precio por supuesto) salen a destino, sea cual sea la hora, se conozcan o no los pasajeros y confíe uno o no en el conductor. En fin, me subí a una especie de 4x4 en la que viajé con un libanés, tres jordanos, una siria y un qatarí. Por suerte éste último hablaba inglés, el cual me sirvió de intérprete para comunicarme con el resto. Resultaron ser personas geniales, enamoradas de su país, Jordania. Me hicieron entre todos un recorrido por los lugares que no tenía que dejar de ver, en cada parada me daban de comer, de tomar, me ayudaban en las fronteras...en fin, como no valorar a ésta gente. A medida que transcurrían los días de mi viaje, me sentía cada vez más lejos de mis preconcepciones hacia ellos y me ponía más orgulloso de haber conocido esta cultura.

En Jordania pude comer y tomar por 2 euros, pero tomar un taxi por unos 3 km puede costar 10 euros. Usar el transporte público es toda una experiencia (nunca lo ofrecerán en un paquete turístico pueden estar seguros). Colectivos de línea antiquísimos, que atraviesan el desierto sin saber bien cómo, llevan a conocer el Mar Muerto (o por lo menos cerca), donde el único turista es uno y donde todos (Jordanos con pocos recursos que van a trabajar) no dejan de mirarlo como un sospechoso. El viaje costó 50 centavos de euro, (aunque debo admitir que me dejó en el medio del desierto), sin embargo, no tardaron en llegar camellos, caballos y comerciantes para ayudarme a volver...previo pago en dinares por supuesto, pero por suerte, ya venía entrenado en ese tira y afloje.

Llegar a Jerusalén, Israel, desde Amman, Jordania, es un poco mas complicado aún, a pesar de estar a no más de 70km. Hay que tomarse tres vehículos diferentes solamente en los horarios en que la frontera (Allembay, una de las mas complicadas pude saber tiempo después) lo permite: uno desde Amman hasta la frontera Jordana, otro para cruzar el “puente King Hussein” entre fronteras, y un tercero desde la frontera israelí hasta el centro de Jerusalén. Por supuesto me revisaron reiteradamente en cada uno de estos vehículos hasta en el más mínimo detalle. Pero no termina ahí, al llegar a la frontera se tiene que dejar la valija o bolso para ser revisado puertas adentro un largo tiempo, y hacer una fila para una primera revisión del pasaporte. Al lado nuestro siempre habían firmes y muy jóvenes soldados vestidos con ropa de civil, y absolutamente todo el tiempo con el dedo en el gatillo de sus ametralladoras. Parecía que no íbamos a tardar mucho pero..., pero sonó una alarma y alguien gritó algo que nunca podré repetir pero que sonó a algo parecido a “bomba”. Con increíble tranquilidad (seguramente acostumbrados), salieron todos los que trabajaban en la frontera y nos llevaron a un sector al costado del edificio donde nos tiraron al suelo cuerpo a tierra. Nos revisaron por enésima vez y nos tuvieron demorados cerca de una hora y media, después de lo cual todo volvió a la “normalidad”. Esos minutos los pude pasar más tranquilo gracias a tres alemanes dueños de una agencia de turismo que venían a visitar restaurantes para incorporarlos a un paquete turístico....Supongo que es el precio de viajar con la mochila y no tomarse un avión...

La frontera israelí es ya de por sí toda una experiencia, especialmente si uno tiene en su pasaporte las visas de El Líbano y Siria, países que no han firmado la paz con Israel. Antes de emprender el viaje me había informado sobre el tema, y si bien está prohibida la entrada a estos países una vez sellado el pasaporte por Israel, al revés se supone que no existen problemas....Sin embargo pasé unas 5 horas de demora en la aduana, con tres interrogatorios “idénticos” en distintas habitaciones, preguntándome de los porqués de mis viajes anteriores, de mi familia, y hasta de cómo había conseguido la beca para estudiar, pidiéndome además pruebas sobre todo, lo que obviamente no tenía en mi mochila. Menos mal que en este lugar el inglés se habla fluidamente, y que encontré un oficial israelí-

argentino que trabaja allí hace 20 años, quien me ayudó y luego me dio consejos para moverme por esa ciudad.

Lo inmediato que me viene a la mente es la de estar en una ciudad donde no se sabe bien quienes son sus habitantes, se habla en todos los idiomas, está repleta de gente de diversas creencias religiosas, junto a miles de turistas de todas partes del mundo, todas las cuales y en un determinado momento se concentran en un mismo sitio...; estando allí sentí un extraño estado de pertenencia que despierta el lugar y que hace que uno pueda definirlo como de todos...

En todo viaje uno tiene que tener algo de suerte, especialmente si viaja con la mochila al hombro, "con pocos recursos de todo tipo", no sólo monetarios sino también de información. Si creía que salir de Israel iba a ser más fácil, tardé poco tiempo en darme cuenta de lo contrario. Realicé los mismos pasos que de ida. Fue un poco más difícil por el horario (tarde noche) y porque en vez de ómnibus debí moverme en taxis no muy amigables y con bastante poder de monopolio en el medio del desierto, lo que los convierte en algo realmente caro. Después de pasar la frontera israelí y conseguir un vehículo hasta la frontera jordana, me encontré, para mi sorpresa, un lugar desolado. No había ómnibus y todos los oficiales sostenían que hasta la mañana siguiente no iban a venir. Estaba preocupado, cuando y de repente escuché voces "familiares" que llegaban al lugar. Eran los alemanes que conocí en Jerusalén, quienes muy gentilmente y dándose cuenta de mi situación ofrecieron llevarme en un taxi privado que los venía a buscar..., así que, gracias al "incidente" de la amenaza de bomba vivido esa mañana donde los conocí, pude volver por la noche al hostel en Amman, no sé que habría hecho de no ser así...tuve suerte.

Mi última escala, antes de volver al país, era El Cairo, en Egipto. De más está decir que lo que sobra por toda la ciudad es arena, hasta desde el avión es difícil divisar la pista de aterrizaje, es realmente impactante donde se encuentra el aeropuerto y la ciudad. Ésta es bastante desorganizada, los turistas que viajan por su cuenta realmente tienen una dura prueba al tratar de hacer turismo por sí mismos; llegar y conocer las mismísimas pirámides puede ser una mala experiencia y está lleno de gente intentando aprovecharse de uno.

Es una metrópolis con 20 millones de habitantes y parece que cada uno de ellos tiene auto; 2 o 3 millones solo ingresan para trabajar por el día así que, tomarse un taxi o manejar un vehículo puede ser una odisea (y el precio del mismo variará de acuerdo a la cantidad de autos que hay en la calle). No solo por la cantidad de autos sino por el nulo respeto a las leyes de tránsito; intentar cruzar la calle es una aventura, porque no tienen respeto por el peatón, es realmente toda una experiencia. En este país el trato a los turistas es muy distinto. Todo funciona a base de propinas; si uno pide a alguien que le saque una foto posteriormente pedirá algo de dinero, y hasta inclusive un taxi debe ser negociado antes de subirse, (tengan medidor o no) mejor dicho exageradamente negociado, el taxista es capaz de pedir hasta 10 veces el valor que uno termina arreglando, en fin...

Por una simple pregunta que hice a una persona en la calle buscando una mezquita famosa, éste se me ofreció de "guía". Esa relación arrojó varias sorpresas; terminé tomando y comiendo cosas típicas egipcias en un bar muy característico, fumando en una gran pipa muy común para los musulmanes y escuchando música en vivo de una extraña guitarra y con un extraño baile. Lo disfruté hasta que entendí que esta persona y la gente del bar estaban "arreglados" y que toda la factura iba a terminar corriendo por mi cuenta...si o si...

Aprendí que después de visitar 25 países con experiencias y anécdotas grandiosas, de haber tenido bastante suerte y haber conocido muy buena gente, siempre algo así puede pasar. En todos lados existe gente noble y desinteresada; y también de la otra. Es cuestión de estar seguro de uno mismo, de tener ganas de aprender del mundo, experimentarlo y vivirlo; todo sirve para ir formándose como persona. Yo ya no soy el mismo; he podido ver y vivir realmente otras culturas, otras formas de pensar, y otras formas de vivir. No todo es tan parecido y no todo es tan diferente. Si todas las personas pudieran experimentar otras culturas como yo pude, comprenderíamos más cosas, nos entenderíamos más, y nos daríamos cuenta que todos podemos convivir.

Mis vivencias a lo largo de este viaje, por sobre todo, me enriquecieron culturalmente. La cultura permite tener una visión global y más amplia de la realidad. Lo ayuda a tomar mejores decisiones, a resolver situaciones en forma más rápida y eficiente,

superando inconvenientes que, sin esos nuevos conocimientos adquiridos, serían imposibles de solucionar. La cultura también permite crear relaciones individuales con diferentes tipos de personas de todo el mundo, no importando su formación, sus conocimientos, sus juicios o sus creencias; lo convierte a uno en mejor persona y seguramente en mejor profesional. La cultura es la base de cualquier desarrollo.